

Cassirer, Ernest. *KANT. Vida y Doctrina. Traducción de Wenceslao Roces. Fondo de Cultura Económica, México, 1968.*

Ferrari, Jean. *KANT o la invención del hombre. Traducción de Francisco López Castro. Edaf ediciones, Madrid, 1981.*

Guisán, Esperanza (coord.) *ESPLENDOR Y MISERIA DE LA ÉTICA KANTIANA. Editorial Anthropos, Barcelona, 1988.*

Hare, R.M. *ORDENANDO LA ÉTICA. Una clasificación de las teorías éticas. Traducción de Joan Vergés Gifra. Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1999.*

Höffe, Otfried. *IMMANUEL KANT. Traducción de Diorki. Editorial Herder, Barcelona, 1986.*

Magee, Bryan. *HISTORIA DE LA FILOSOFÍA. Traducción de Jorge González Batlle. Editorial LA Isla, S.RL. Buenos Aires, 1999.*

Tejedor C., César. *HISTORIA DE LA FILOSOFÍA EN SU MARCO CULTURAL. Ediciones SM., Madrid, 1997.*

Velasco M., Francisco A. *LA MORAL KANTIANA. Estudio crítico. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1992.*

Vial L., Juan de D. *INTELIGENCIA Y LIBERTAD EN LA ACCIÓN MORAL. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2002.*

CARPETA = 327

## ÉTICA UTILITARISTA

Erick Valdés Meza

**E**l utilitarismo puede ser considerado como una variante moderna de la tradición que en ética se ha denominado teleología, por cuanto en el contexto general de dicha doctrina, lo moral queda definido por la consecución de la felicidad, que constituye aquí —al igual que en la ética aristotélica— la meta a alcanzar en la vida del hombre. No obstante, y como veremos más adelante, esta felicidad no posee las mismas características que la que propone Aristóteles, ya que, constituyendo también el fin de toda acción humana, diferirá, en importantes aspectos de contenido con esta última concepción mencionada.

Ahora bien, es sabido que el mayor florecimiento del utilitarismo ocurre, particularmente, en el siglo XIX, debido al cuestionamiento que varios pensadores ingleses hicieron de la sociedad en que vivían, especialmente en lo que concernía al estatuto moral de sus leyes. Entre estos, sin duda que destacaron Bentham y Mill, quienes legaron al pensamiento occidental, los principales elementos de esta corriente, y generaron al interior de la misma, interesantes y contrapuestos puntos de vista sobre cuál sería, en definitiva, el criterio de corrección moral de una acción para poder ser considerada como buena.

No obstante, es posible observar elementos utilitaristas, ya en Epicuro, por lo cual se hace indispensable analizar, como primer paso de este capítulo, los puntos centrales de la doctrina moral de este pensador helénico, y conectar consistentemente dichas concepciones con la visión utilitarista moderna desarrollada por los ingleses.



## I. EL HEDONISMO ÉTICO DE EPICURO

Epicuro de Samos, constituye una de las cimas de lo que en filosofía, se ha dado en llamar, período helénico. Vive entre el 341 a.C y el 270 a.C., y es considerado, unánimemente, como el fundador de la corriente filosófica llamada hedonismo, de gran influencia en la cultura occidental. Precisamente, es el notable análisis que hace de este último concepto, el que establecerá una innegable relación entre sus principales postulados y los puntos centrales del utilitarismo gestado en el siglo XIX.

Partiendo desde una perspectiva epistemológica, nitidamente conectada con su reflexión ética, Epicuro plantea que el saber por el saber mismo carece de sentido. El conocimiento debe ser aprovechado en bien de la existencia humana; representa un saber para la vida, y como tal, se conocerá su verdadero valor por la utilidad que represente para ella. En este sentido, si un saber es meramente especulativo y no arraiga concretamente en el día a día del hombre, específicamente en aquello que dice relación con la utilidad que puede prestarle a éste para llevar una buena vida, no debe ser considerado, estrictamente, un saber, por cuanto este estatuto sólo queda reservado para aquellos conocimientos de los cuales el ser humano puede servirse para mejorar su existencia.

Dentro de este contexto, el saber filosófico posee especial relevancia, puesto que es el que, más claramente, conduce al hombre a una vida placentera. Por lo tanto, y de acuerdo con este criterio de corrección moral, todo saber adquirirá su valor en la medida de que, si y sólo si, conducirá al hombre en dirección de la felicidad.

Es importante señalar aquí que el plan maestro trazado por Epicuro en relación a la estructuración de las condiciones suficientes y necesarias para consolidar una vida humana buena, queda adscrito a la concepción que el filósofo tiene de la naturaleza. El pensador helénico plantea la tesis de que en la naturaleza no existe la necesidad, vale de-

cir, quedan fuera de la trama esencial de la existencia, los acontecimientos ligados a la causalidad y al azar. Todo es contingente, y nada ocurre de un modo y no de otro sólo porque tiene que ser necesariamente así o por una secreta e inexpugnable concatenación causal de hechos. Por ende, el hombre es libre para orientar su vida, lo cual no sólo le otorga poder sobre sí mismo y sobre los demás, sino que, y por sobre todo, le confiere una responsabilidad mayúscula en lo referido a las consecuencias que para él y sus semejantes, se derivan de sus actos. En este sentido, y como veremos pronto, no da lo mismo cualquier placer o cualquier felicidad perseguida por el hombre.

Ahora bien, es claro que —entre otras razones— Epicuro plantea que el hombre puede modular libremente su existencia, para evitar el concepto que antes los estoicos habían señalado como “destino”, el cual estaba arraigado en el ancestral “fatalismo” de la cultura griega. En efecto, los griegos habían desarrollado, prácticamente, desde siempre la creencia en el determinismo de los acontecimientos ocurridos en el mundo de la vida, ante lo cual el hombre debía presentar un talante que aceptara los hechos acaecidos, por muy nefastos que estos resultasen, por cuanto su ocurrencia obedecía a un asunto de necesidad en la naturaleza.

Frente a lo anterior, Epicuro señalará drásticamente que el hedonismo —como doctrina tendiente a lograr el placer y la felicidad de los hombres— carecería de sentido en un mundo regido por la necesidad, puesto que cualquier esfuerzo humano por obtener mejores condiciones de existencia no tendría ninguna razón de ser en el contexto de una realidad en la que el hombre está determinado por un destino ya trazado con anterioridad y frente al cual no tiene posibilidades concretas de ejercer modificaciones.

Queda de manifiesto, entonces, que para Epicuro sí es posible la ética, ya que el hombre tiene opciones claras de propender, a través de su libre y voluntaria acción, a una vida moral orientada por la búsqueda del placer y la felicidad. Sin embargo, no resulta del todo nitida la rela-



ción específica que puede haber entre placer y moral, sobre todo, porque en nuestra sociedad ambos conceptos parecen caminar por veredas opuestas, sin posibilidad alguna de conciliarse. Comúnmente, se cree que el hedonismo es la búsqueda desenfrenada de los placeres del cuerpo, por lo que cualquier consideración ética sobre el asunto estaría de más, ya que una doctrina tal quedaría, por la fuerza de sus propias implicancias, relegada al terreno de la inmoralidad. Sin embargo, esta creencia obedece sólo a una de las direcciones que puede tomar el hedonismo que, como veremos a continuación, no es precisamente la que sigue la reflexión de Epicuro.

Sabemos que para este filósofo, el fin de la vida moral es lograr el placer y evitar el dolor. A todas luces, pareciera que estamos siendo instados a perseguir el placer contra viento y marea y con todos los medios que tengamos a nuestro alcance. No obstante hay que aclarar que para la doctrina ética de Epicuro la búsqueda del placer representa, precisamente, lo moralmente bueno, esto es, lo digno de ser buscado y conseguido.

Por lo tanto, si lo moralmente bueno es buscar el placer, podemos inferir que lo bueno será, precisamente, aquello que nos da placer, entendido éste último como felicidad. Pero este placer no constituye un desenfreno ni una búsqueda irracional e instintiva de una vida disipada. Por el contrario, sólo será posible lograr la felicidad a través de propender a la salud del cuerpo y a la imperturbabilidad del alma, ésta última, la condición *sine qua non* para lograr la ansiada meta de una vida feliz.

Se hace imprescindible, entonces, para obtener las mejores y más felices condiciones de existencia, buscar lo que en griego se denomina *ataraxia*, a saber, el reposo, entendido como la ausencia de dolor y la paz del alma. Por lo tanto, el hombre debe emplear su razón para darse cuenta de cuáles placeres son convenientes y cuáles no, en el entendido de que serán superiores aquellos del espíritu o del alma, vale decir, los que proporcionarán al individuo la felicidad más plena y más

perenne, contrariamente a los placeres del cuerpo, generalmente más deseados por los hombres, pero que son momentáneos y, casi siempre, son fuente de largos estados de dolor y sufrimiento.

Por consiguiente, y resumiendo, la doctrina ética de Epicuro liga la utilidad con el placer y felicidad, puesto que toda acción humana será moral en el sentido de que sirva al hombre para su vida concreta, y le proporcione mejores condiciones para desarrollarse, a partir de criterios racionales que lo insten a preferir los placeres superiores o espirituales por sobre los inferiores o corporales. Lo anterior, sin duda que no difiere en mucho de lo que, siglos más tarde, plantearan los liberales ingleses al desarrollar la doctrina utilitarista.

## II. CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL UTILITARISMO

El utilitarismo surge, principalmente, como una doctrina de orden socio-político, que deriva al ámbito filosófico a partir de que toda necesaria cohesión social de un pueblo sólo puede sustentarse en la cohesión moral de sus componentes, la cual debe estar fundamentada, obligadamente, en criterios y principios de índole ético.

En este sentido, el utilitarismo sostendrá que el criterio que permitirá discernir si una máxima es o no moral será la contrastación empírica del hecho de si la puesta en práctica de dicha máxima trae consigo la mayor felicidad para el mayor número de individuos. La sentencia que da origen a este criterio de corrección moral la encontramos en Francis Hutcheson, en su libro *Enquiry into the original of our Ideas of Beauty and Virtue*, cuando afirma que "la mejor nación es la que proporciona la felicidad más grande al mayor número, y la peor es la que ocasiona miseria en forma semejante". También encontramos antecedentes de esto en William Godwin, en su libro *Political Justice*, cuando señala que "la razón demuestra que hay más valor en la felici-



dad de un conjunto de hombres que en la de uno solo", sea éste yo mismo, un pariente o un amigo.

Por lo tanto, es posible considerar el utilitarismo, por lo menos en principio, como una suerte de altruismo ético, por cuanto el punto central de esta doctrina ordena que se debe sacrificar el propio bien por el de la mayoría. Sin embargo, este sacrificio no constituye un bien en sí, ya que toda renuncia que no tienda a aumentar la suma total de la felicidad es inútil. En este sentido, la generosidad del acto humano —para adquirir verdadero sentido moral— queda supeditada al hecho de que represente utilidad para la consecución de la mayor felicidad para el mayor número.

En coherencia con lo anterior, es Jeremy Bentham (1748-1832) quien establece el célebre "Principio de utilidad", en su libro *Principles of Morals and Legislation*, el cual afirma que se aprueba o desaprueba una acción, de acuerdo con la tendencia que parece tener en cuanto a aumentar o disminuir la felicidad o el placer. Este representa un criterio cuantitativo del utilitarismo, en que lo moral queda definido por la cantidad de felicidad que es posible lograr a través de una acción determinada. En este sentido, Bentham llegará a afirmar que si la cantidad de placer es la misma, será tan bueno un juego de niños como la poesía.

Ahora bien, como la determinación de lo que sea realmente la felicidad es un asunto de suyo complejo, y como el bien del hombre es relativo a su felicidad, ésta tiene que ser —para Bentham— obligadamente dilucidada a partir de criterios cuantitativos. Para ello, propone un procedimiento conocido como "cálculo hedonista de la felicidad", que señala que ésta se presenta constituida por siete características capitales, cuya presencia o ausencia, en cantidad, determinará la moralidad y, por ende, utilidad de una acción determinada.

Este procedimiento señala como primera categoría a la intensidad con que la felicidad puede ser experimentada. El segundo factor será su duración; esto es, el tiempo que permanece presente en su manifestación. En tercer término, encontramos a la certeza, o sea, a la determinación de cuán seguro es su logro. Luego, está la proximidad, vale decir, con qué prontitud puede ser obtenida. También, establece la fecundidad, esto es, si esa felicidad conducirá o no a la obtención de placeres semejantes. En sexto orden, presenta el criterio de la pureza, vale decir, aquel que establece de qué cantidad de dolor o placer está acompañada la felicidad. Y, finalmente, la extensión, o sea, la cantidad de individuos a la que puede ser proyectada.

En virtud de lo anterior, Bentham planteará que tanto el placer como el dolor son dos amos soberanos de los hombres, vale decir, presenta una concepción psicologista de la felicidad, en el entendido de que el logro de ésta última está determinado por dos tendencias hacia ella: una mecanicista y otra asociacionista. La primera, porque al hombre no le queda otra opción que escapar del dolor y perseguir el placer; y la segunda, porque —quiera o no— todo individuo se verá atraído o repelido por aquello que se asocia a la felicidad o al sufrimiento, respectivamente.



### III. EL UTILITARISMO DE MILL

John Stuart Mill (1806-1873), es el principal referente del utilitarismo moderno. Muy influido, en un principio, por las ideas de Bentham, plantea su filosofía como una reelaboración de la tradición empirista y liberal inglesa —comenzada antes con Hume— del utilitarismo y del positivismo. En su libro de 1843, *Sistema de lógica racionadora e inductiva*, sostiene la tesis de que el empirismo y un pensamiento filosófico fundamentado en la experiencia, propician mejores resultados en lo referente a optimizar la estructura de la sociedad, que cualquier otro sistema.

Con respecto al ámbito de la moralidad, Mill sostiene que la ansiada cohesión moral, tan necesaria en una sociedad, sólo es posible obtenerla de la ética. En este sentido, él también propone una ética utilitarista, la cual, de acuerdo a su principio central, plantea que la bondad de una acción será catalogada de acuerdo a su correspondencia con el hecho cierto de proporcionar mayor felicidad al mayor número de personas, en donde felicidad será entendida como presencia de placer y ausencia de dolor.

Sin embargo, es en este punto en específico donde radica el principal aporte de Mill a la teoría utilitarista, por cuanto se aleja de las posiciones meramente cuantitativas del utilitarismo, estableciendo la crucial distinción entre placeres superiores e inferiores, los cuales no deben ser buscados con similar interés, por corresponder a distintas declinaciones de la pasión humana que no conducen necesariamente a la felicidad, cuando son orientados por criterios de corrección pseudomorales, y de índole meramente corporal. Con esto, Mill sanja un serio problema de la concepción de Bentham, pues se pregunta qué pasaría si la mayoría de los seres humanos, acostumbrados a los placeres inferiores, los consideraran apetecibles y creyeran que eso es, precisamente, la felicidad. Sin duda, que ninguna sociedad sería capaz de sustentarse, si sus paradigmas de conducta estuviesen inspirados en la búsqueda de la felicidad fácil y pasional.

Con arreglo a lo anterior, Mill es enfático y señalará que "es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; mejor ser un Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho. Y si el necio o el cerdo opinan lo contrario es porque ellos sólo conocen una faz del asunto. El otro miembro de la comparación conoce ambas facetas". Con esto, se distancia definitivamente de Bentham, ya que introduce el concepto de "calidad" de los placeres como criterio de corrección moral, frente a los principios de mero corte aritmético que proponía su antecesor.

Entonces, frente al problema que plantea el cómo conocer la superioridad de un tipo de placer sobre otro, Mill responderá que sólo es posible escrutar lo anterior para alguien que, precisamente, ha experimentado ambas caras de la moneda, vale decir, tanto los placeres del cuerpo como los del espíritu. Aquel individuo se transformará en una especie de tribunal competente, igualmente familiarizado con ambos polos y, por ende, idóneo para discernir adecuadamente entre los placeres más bajos y los más elevados. Por lo tanto, Mill refuta con esto a quienes habían acusado al utilitarismo de ser una "doctrina de puerocos", ya que tal aseveración no provendría sino de la ignorancia que impide tener noticias de que los placeres difieren tanto en grado como en clase, sin perjuicio de una suerte de dignidad que habría en los seres humanos —proveniente de su prudencia— que los haría inclinarse por los placeres superiores.

No obstante lo anterior, el utilitarismo moderno implica una característica fundamental que no es posible dejar pasar en esta exposición, y que la distingue claramente de las éticas deontológicas, aferradas más a principios formales que a contenidos. El utilitarismo es, indudablemente, una doctrina consecuencialista, vale decir que su criterio de corrección moral siempre estará determinado por los resultados de una acción determinada, en lo concerniente a su repercusión y consecuencias concretas para la mayoría de los individuos componentes de una sociedad. El resultado moral de una acción, estará sancionado definitivamente por el contenido del hacer del hombre, en relación a sus resultados, independientemente de la intención que lo propicie.

Por lo anterior, la ética utilitarista presenta la dificultad de llegar a conciliar apropiadamente los intereses diversos de los hombres, sobre todo cuando sus urgencias personales no coinciden o, definitivamente, se oponen a las de la mayoría. El utilitarismo siempre exigirá el sacrificio individual en pos del beneficio general. Este sacrificio no constituirá un bien en sí, ya que, independientemente de su intención, dicha renuncia adquiere sentido moral sólo en función de si conlleva el mayor bien para el mayor número. En este entendido, si un industrial,



dueño de una fábrica que emite gases contaminantes nocivos para la población, da trabajo a muchas personas y además se beneficia pecuniariamente de la producción de su usina, debería cerrar la fábrica y renunciar a ese beneficio personal y también al de sus empleados, por cuanto dicha renuncia beneficiaría indudablemente al general de la población, que se vería menos afectada por la polución emanada. En este caso, el sacrificio del empresario y de la minoría que representan sus trabajadores, constituye un acto moral no por ser altruista sino que porque a través de él se está accediendo a aumentar los estándares de bienestar del mayor número de personas. Es entonces, el resultado **concreto de dicha acción** lo que otorga moralidad a la misma, **independientemente de los motivos** o intenciones que la generaron.

Ahora bien, y para terminar con esta somera exposición del utilitarismo, no está de más señalar que entre sus **aportes** a la reflexión **ética** se cuenta tanto su **pretensión** de universalidad como el hecho de que **le presenta al hombre** la posibilidad de percatarse de que buscar la **felicidad es algo realmente importante** para su vida. Sin embargo, en las **críticas** que recibe esta doctrina encontraríamos las principales fuentes de discusión que nos llevan a cuestionar el precario y relativo **concepto de felicidad** que nos presenta, en el sentido de que **ésta no es la misma para todos los hombres**; si bien, como meta, representa un fin similar, su contenido es diverso para cada individuo, ya que no todo hombre y toda sociedad posee iguales concepciones de lo que es bueno o correcto y, por ende, de lo que representa la meta de la felicidad humana. **En este sentido**, la pretensión de universalidad del utilitarismo **se vería fuertemente amenazada** desde el interior mismo de su concepción teleológica.

**Otra crítica** –quizás la más seria– con la cual debe convivir el utilitarismo es el soterrado principio del sacrificio de las minorías, por cuanto, **parece inconsecuente** con los estándares de moralidad de cualquier **sociedad civilizada**, el hecho de que por conseguir la mayor felicidad para el mayor número de individuos –lo que tampoco resulta despreciable del todo– se postergue indefinidamente el bienestar, pla-

cer o felicidad de aquellos que no alcanzan, por diversos criterios, a formar parte de esa mayoría.

Sea como sea, la ética utilitarista posee importantes teóricos en la actualidad, entre los que es posible contar al destacado filósofo Peter Singer, conocido por sus interesantes y novedosos aportes a esta doctrina. Por cierto, como toda teoría moral, el utilitarismo tiene cultores y detractores, y en ese entendido, lo que se ha pretendido aquí, es sólo una aproximación introductoria a sus características más relevantes; se ha intentado determinar sus orígenes, sus raíces en la cultura occidental, sus principales representantes y postulados, y ofrecer a la consideración del lector un par de dificultades teóricas con las que esta doctrina debe lidiar. Si dicho empeño ha sido, meridianamente, cumplido en estas líneas, el esfuerzo de haberlas escrito, sin duda, se hallará compensado.

